

200 aniversario de la abolición de la trata: un tiempo para reflexionar

Dr. Dinizulu Gene Tinnie
Escritor e Investigador Independiente
sobre Historia Africana

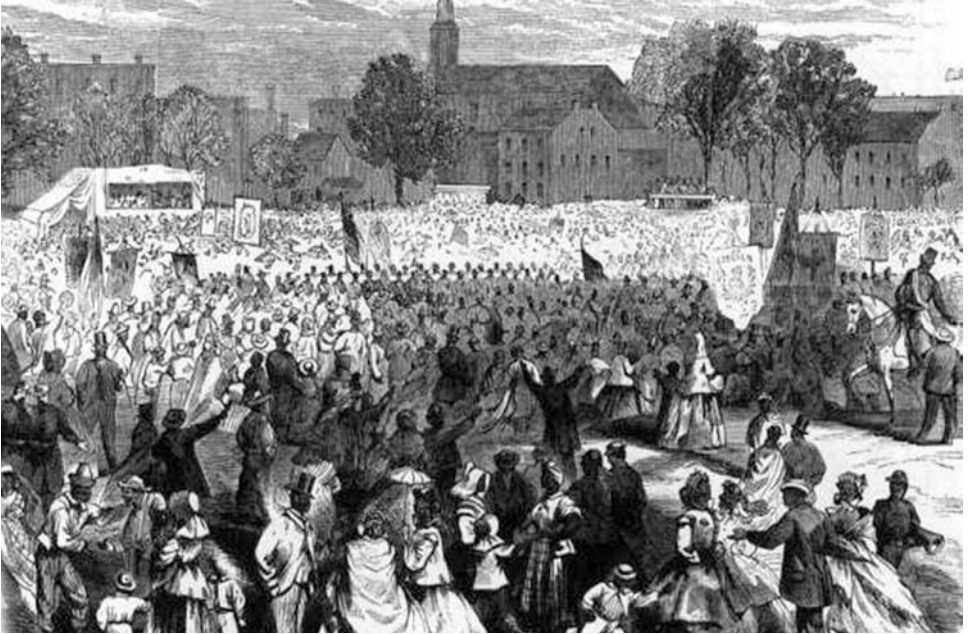
El 25 de marzo del 2007 marcó el 200 aniversario de un importantísimo día en la historia humana, el de la abolición legal por Gran Bretaña, en esa fecha en 1807, del tráfico tan altamente rentable de seres humanos africanos capturados. Esta actividad llegó a conocerse como la ‘trata esclavista’ atlántica.

Tan significativo para la historia humana fue este hecho que nada menos que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una Resolución pidiéndole a los países del mundo que reconocieran esta fecha como un día para recordar y reflexionar –un día que señala la importancia de lo que esto representa.¹

De hecho, hay mucho en que reflexionar, ya que a pesar de que el aniversario conmemore de manera superficial un paso muy positivo y progresista en la historia humana, los verdaderos resultados fueron mucho más complejos y diversos.

Como era de esperar, los aspectos positivos fueron celebrados con mucha fanfarría en Gran

Bretaña, país que podía jactarse de su papel esencial en cerrar este ignominioso capítulo de la historia. Con ese propósito ha estado patrocinando programas y eventos especiales durante todo el año. Como un sólo ejemplo de esto tenemos el estreno de la película “Amazing Grace” (título del himno compuesto por John Newton, notorio capitán de un buque esclavista que se arrepintió y se hizo ministro). El filme logró familiarizar al público con la noble lucha librada por William Wilberforce, Thomas Clarkson y otros miembros del Parlamento británico por conseguir la aceptación de la Ley Anti Trata Esclavista después de décadas de esfuerzo y cruentos debates. A pesar del mérito de tales historias, es de igual importancia notar que Gran Bretaña no fue el primer país en abolir la trata esclavista (fue Dinamarca, en 1803) ni el único en hacerlo en 1807 (aun antes que Gran Bretaña, el 2 de marzo, los Estados Unidos pasaron una ley que entraría en vigor el próximo año prohibiendo la futura importación de africanos al país).



Entonces, ¿por qué es tan importante esta fecha de la Abolición británica? Hay dos factores a considerar. Por una parte, a diferencia de Dinamarca, cuyas posesiones coloniales se limitaron a las Islas Vírgenes, Gran Bretaña fue una gran potencia imperial con una Marina Real suficientemente grande y poderosa como para hacer cumplir (o por lo menos intentar hacer respetar) la prohibición de la trata en alta mar. Ese mismo poder le dio a Gran Bretaña la influencia política y diplomática necesaria para negociar tratados con otros países y expandir la prohibición de la trata esclavista en sus territorios y buques. Por otra parte, la posición preeminente de Gran Bretaña se basó en gran medida en el hecho de que ella misma había sido el país más involucrado en dicha “trata esclavista” el siglo anterior, cuando el tráfico de cautivos humanos llegó a su apogeo.

Ya para 1713, Gran Bretaña había ganado el muy deseado “asiento,” un contrato monopolizador para suministrarle por treinta años a todas las colonias ultramarinas españolas la mano de obra esclava (con una tasa anual

de 4.800 personas para un total de 144.000). Para la segunda mitad del siglo, los barcos ingleses dominaban las rutas comerciales más lucrativas, lo cual enriqueció muchísimo al imperio y a ciudades como Liverpool, Bristol y Londres. Entonces, la prohibición de cualquier futura participación de los ciudadanos británicos por el gobierno inglés se interpretó como una disminución de ese comercio.

Un artículo de Associated Press con fecha del 18 de marzo de 2007 esclarece mucho lo que realmente significó este cambio para una ciudad como Liverpool, que literalmente se construyó con los beneficios de esa trata triangular (bienes baratos enviados a África a cambio de esclavos; cautivos vendidos en el Nuevo Mundo para obtener así los productos del trabajo esclavo —azúcar, tabaco, algodón, añil, madera para sustraer tintes, café, etc— y estos productos llevados para la venta en Inglaterra, lo cual resultaba en ganancias muy lucrativas en cada uno de los tres puntos del triángulo).

Para finales del siglo dieciocho, sólo los barcos de Liverpool, incluyendo el renombrado “Brookes,” que sirvió de modelo para el diagra-

ma más famoso de un buque esclavista, transportaban 80% de la trata esclavista británica y 40% del total europeo. En su estudio clásico, titulado *Capitalism and Slavery* [Capitalismo y esclavitud], nos indica el Dr. Eric Williams que la Casa de la Aduana de Liverpool fue decorada con “cabezas negras talladas” y que el friso del “ornamentado ayuntamiento del pueblo” contenía la cara de una mujer africana, lo cual el artículo de AP confirma también. Es más, el artículo nos hace recordar que la canción hit “Penny Lane” de los Beatles, quienes eran oriundos de Liverpool, se refiere a una calle de esa ciudad llamada así por uno de los más notorios comerciantes e inversionistas esclavistas. Fue el Capitán James Penny quien una vez demostró que la única forma en que se le sacaba provecho financiero a los viajes esclavistas era sobrecargando los barcos de tal manera que era inevitable un cierto porcentaje de muertes. El uso de una forma más humana de transportar a menos cautivos, procurando así que la mayoría sobreviviera, sólo garantizaba pérdidas económicas para los dueños. Dijo Penny que “la ley dura de las ganancias y las pérdidas era lo que hacía de la “Travesía Intermedia” el viaje que era...” (debió haber añadido una tasa aun más alta de muertes entre los oficiales y tripulaciones de esos buques también estaba garantizada).

Motivos para la abolición

Los ciudadanos de Gran Bretaña, sobre todo de ciudades porteñas como Liverpool, quienes equipaban los buques que zarpaban con grilletes, cadenas, cazuelas e instrumentos de tortura usualmente requeridos por los traficantes, y los cargaban de mosquetes, tela, cuentas, y otros artículos baratos con los cuales se comerciaba, estaban más que bien enterados de la “trata esclavista” que se practicaba en algún momento después de la partida de los buques y de su regreso, cargados de la riqueza del Nuevo Mundo. Sin embargo, muy pocos de ellos, salvo

tripulantes sobrevivientes, digamos, realmente fueron testigos de la “Travesía Intermedia,” y de los horrores indecibles que soportaban los cautivos.

Para el 1780, cuando llegaban a su más notable apogeo, por fin empezaron a tener voz dichos horrores. El famoso diagrama del barco “Brookes” fue publicado, con un comentario detallado escrito por el médico que había servido abordo del buque. Sobrevivientes africanos preparados, como Olaudah Equiano (Gustavus Vassa) y Ottobah Cugoano publicaron narrativas de sus experiencias que ofrecían por primera vez una perspectiva africana. La sociedad fue barrida por una ola de indignación moral y oficiales gubernamentales como Wilberforce y Clarkson libraron una campaña para quitar de Gran Bretaña esa mancha vergonzosa de su derecho a llamarse civilizada.

Por supuesto que antes, como ahora, requeriría más que una sensibilidad moral ofendida para acabar con un comercio tan provechoso como lo fue la trata esclavista y la esclavitud. Típicamente, un inglés de los más humildes podía regresar con suficiente dinero para burlarse de la realeza, después de pasarse un periodo como dueño de plantación o mayoral en las “islas azucareras” de las Antillas. Sin embargo, por este tiempo tan productivo de la trata, la antes asegurada posición del cultivador inglés se vio retada por una creciente amenaza competitiva por parte del desarrollo rápido de las economías azucareras de Cuba y Brasil. El futuro pareció inevitable. A causa de esta circunstancia, se tomó bien en cuenta que lo que lograría la abolición de la participación británica en la trata era limitar de manera severa la muy necesaria mano de obra esclava para sus competidores. Los cultivadores ingleses, cuyos días ricos eran contados, saldrían bien de la jugada, compensados de manera espléndida por su “pérdida” directamente del bolsillo de los contribuyentes de impuestos. Pero a pesar de ese motivo

tan cínico, fue un paso hacia la justicia social (ya que debe recordarse que en 1807 la trata transatlántica tenía más de trescientos años y se consideraba un negocio “normal”).

En el caso de los Estados Unidos, donde existe un dramático contraste ya que no ha causado ni la más mínima sensación el 200 aniversario de la abolición de la trata esclavista, hubo motivos diferentes y la moralidad jugó un papel menor. Algunas versiones de la historia señalan que esa abolición se llevó a cabo como simple consecuencia de un acuerdo negociado dos décadas antes.

Cuando se ratificó la Constitución en 1787, el debate más incómodo en el país—si una nación dedicada a la libertad individual debía tolerar la esclavitud— no se había resuelto. Tampoco se divisaba el final de ese debate. El acuerdo decía que sólo por veinte años más se permitiría la importación de cautivos africanos. Al final de ese periodo, en 1807, no había surgido una posición más moral. Es más, algunos estadounidenses consideraban que la invención de la máquina para separar la fibra del algodón de las semillas en los 1790 (lo cual instantáneamente convirtió al algodón en cosecha más rentable e inició una economía en el sur de EE.UU. basada en el algodón, parecida a la azucarera de Cuba y Brasil) y la adquisición del territorio de Luisiana en 1803 (lo cual aumentó un cien por ciento el tamaño de los EE.UU. y abrió un territorio enorme) expandió la esclavitud de plantación y sólo sirvió como motivo aun más poderoso por mantener la legalidad de la importación de africanos.

No obstante, otro poder imprevisto e indudablemente muy poderoso intervino en la situación. Las mismas circunstancias que motivaron a Napoleón a vender desesperadamente el territorio de Luisiana a Estados Unidos garantizaron el éxito de la revolución haitiana, la cual hizo que las Américas temblaran al ver que la esclavitud no era invencible y que el pue-

blo africano esclavizado podía disfrutar de victorias tanto diplomáticas como militares. El sur de EE.UU. y sus congresistas vieron claramente que los protagonistas de la rebelión en Haití, la cual podría repetirse en otros lugares, no fueron negros criollos sino negros nacidos en África que fueron transportados a la isla. Dado este ejemplo, los legisladores prohibieron enseguida cualquier futura importación de gente directamente de África.

El impacto de la abolición

Para poder evaluar lo que realmente se logró con la abolición de la trata esclavista por Gran Bretaña y Estados Unidos hace 200 años, y cómo esa historia nos afecta hoy, habría que empezar con dos puntos muy sobrios. El primero es, por supuesto, que la abolición de la importación forzada de africanos distó muchísimo de la abolición de la esclavitud misma (precisamente 26 años en los dominios británicos, más de 50 años en EE.UU. y no hasta los 1880 en Cuba y Brasil). Durante cada uno de esos días literalmente miles de personas nacían esclavas y otras miles morían sin haber probado la libertad.

El segundo punto es que la abolición no trajo consigo el final de la trata esclavista. De hecho, fue responsable por iniciar una fase nueva e ilegal de este comercio que brindó aun más beneficios, a causa del riesgo de la captura. Fue también mucho más mortífero para los africanos, las víctimas del vórtice de ese tráfico, porque sufrían más en los barcos ilegales y morían en mayor proporción. ¿La razón? Porque se usaban naves más pequeñas y rápidas que fueron diseñadas específicamente para este “comercio.” A pesar de acortar el tiempo de los viajes (dependiendo del tiempo), las condiciones abordo eran peores que las de siglos previos. Además, fueron los proscritos, piratas y gamberros (financiados y asegurados por dueños de barcos e inversionistas “respetables,” por

supuesto) quienes acabaron controlando ese comercio. Se convirtieron en rutinarios los ataques bucaneros a los barcos esclavistas, cuando los piratas intentaban robarse sus cargamentos, lo cual aumentó aun más el peligro que enfrentaban los africanos amontonados en esas naves. Otros peligros incluían las condiciones rápidas y clandestinas en que eran cargados y descargados los barcos, lo cual casi siempre ocurría de noche, en aguas muchas veces repletas de tiburones, y los numerosos casos de capitanes traficantes que para evitar la captura simplemente “destruían la evidencia” al lanzar cargamentos enteros de africanos encadenados al mar.

Algunas de las consecuencias de la abolición de la trata fueron menos directas, visibles o reconocibles. En Inglaterra, los contratistas en Liverpool que construían y suministraban los barcos, las fundiciones de Birmingham, las fábricas de textiles, etc., todas tuvieron que ajustarse a la demanda tan reducida por sus productos. Al otro lado del Atlántico, sin embargo, crecieron como nunca los arsenales marítimos de Baltimore, Maryland, después de la abolición. Su famoso diseño clipper [clíper] producía goletas y bergantines rapidísimos capaces de esquivar las patrullas inglesas. Este tipo de nave fue muy solicitado en Brasil y la colonia española de Cuba. Los gobiernos de los dos respectivos países firmaron tratados con Gran Bretaña acordando cooperar en la supresión de la trata pero sus ciudadanos no iban a permitir que se les negara su fuente inagotable de trabajo forzado que llegaron a considerar vital para la supervivencia de su economía. Como resultado, surgió un putrefacto y elaborado sistema de corrupción, contrabando, subterfugio y actitudes culturales anti legalistas en ambos lugares, lo cual fue premiado con increíble riqueza.

Por el lado africano de esta ecuación hubo otro tipo de consecuencia inesperada en estos

países. En tanto que los viejos comerciantes esclavistas de siglos previos se preocuparon por recoger a cautivos africanos de varios lugares de la costa, para así mezclar las lenguas y culturas, y frustrar la capacidad esclava de organizarse y planificar revueltas, los esclavistas ilegales del siglo diecinueve necesitaban capturar su “carga” lo más pronto posible. Por ende, frecuentemente cargaban a gente del mismo lugar y visitaban las mismas localidades mucho más a menudo. El resultado de esto fue que una concentración grande de africanos yoruba, del suroeste de Nigeria, que pudo mantener y transmitir a otros negros mucho de su idioma y tradiciones culturales, llegó a dominar la población esclava. La fuerza actual de la sante-ría en Cuba y del candomblé en Brasil se debe en gran medida a estos hechos históricos, a pesar de que a través de los siglos la población mayormente representada en la población de africanos importados fue la del pueblo kongo, de Angola.

La economía algodonera del sur de EE.UU. tuvo que enfrentar casi la misma crisis laboral que Cuba y Brasil (aunque no tan intensamente, a causa del régimen particularmente brutal de las plantaciones azucareras, donde se le hacía trabajar al esclavo de mayor valor—el joven varón—hasta la muerte, después de un promedio de nueve años). Al ver abolida la importación, los cultivadores sureños tuvieron que cumplir con su necesidad de reponer trabajadores a través del contrabando o, aun más comúnmente, haciendo procrear a la población esclava. En realidad se valieron igualmente de los dos métodos. La actividad contrabandista fue igual que la de los otros países, con desembarcos nocturnos y clandestinos de africanos a quienes súbitamente se les hacía marchar hacia campamentos tierra adentro, donde eran detenidos por semanas, “cebados” e instruidos en algunas palabritas del inglés. Esto último era para tratar de fingir que siempre habían estado

en el país. Irónicamente, una de las más preferidas rutas contrabandistas fue la península floriadana, territorio español en aquel entonces, y la misma región que por mucho tiempo había sido la “Tierra Libre” de indígenas y cimarrones negros seminoles que se fugaban de la esclavitud y la invasión europea de los estados del norte, o aquellos que se escapaban usando el sistema conocido como el Underground Railroad [el Ferrocarril Subterráneo], una red clandestina organizada en el siglo XIX en Estados Unidos para ayudar a los esclavos afroamericanos que se escapaban de las plantaciones) para llegar a la libertad en las Bahamas y otros lugares. Los africanos de contrabando eran llevados de campamentos clandestinos en la Florida a Georgia y Alabama, donde eran vendidos como supuestos “cimarrones retomados.”

Sin embargo, la procreación representó la fuente sureña principal para conseguir nueva mano de obra esclava. En ese sentido, la abolición produjo aun otro nivel de indignidades que tuvo que sufrir sólo la mujer negra. Ahora, como nunca, se resaltó mucho su valor como “reproductora,” valor que se pregonaba a gritos en la subasta donde se vendía. Al intentar confirmar esta propensión a la crianza, la mujer esclava era sometida a un sinfín de “reconocimientos” médicos por doctores que podían corroborar que estaba equipada para producir numerosos críos. Tales declaraciones se tienen que ver a la luz del comportamiento que sus “dueños” exigían para asegurar que esas “reproductoras” produjeran lo prometido. Tal vez el término “procreación no natural” se aplicaría mejor en este caso.

Por fin, el sur de EE.UU. produjo un legado cultural africano intacto también, como pasó en Cuba y Brasil. En una de esas raras veces en que se importó a africanos sistemáticamente de una parte específica de África a una parte específica del Nuevo Mundo, se trajo a las zonas bajas y costañas de las Sea Islands de

Carolina del Sur y Georgia a gente de los pueblos mendi y temne, de Sierra Leona (sobre todo de los subgrupos gola y kissi). ¿La razón? Porque era experta en el cultivo del arroz. Al verse en vigor la ley que prohibía la futura importación de africanos al sur, los descendientes de estos pueblos oriundos de Sierra Leona, quienes vivían relativamente aislados, crecieron (a través de la procreación) en una población muy grande cuyo idioma y cultura, conocido como Gullah y Geechee, se mantiene casi igual que la cultura “Krio” de su tierra africana.

La abolición 200 años después

El 200 aniversario de la abolición británica y estadounidense de la trata transatlántica en sus respectivos países nos ofrece un tiempo para reflexionar sobre nuestra historia colectiva y quiénes somos como resultado de ella. Nos obliga a recordar la forma en que se hace la historia y de que hay voces inteligentes, fuertes y valientes que no se pueden silenciar, a pesar de la avaricia, la ignorancia y el temor. Sirve de recordatorio para aquellos que denunciaron con verdadera pasión y convicción la inmoralidad e hipocresía de la trata y la esclavitud, sin preocuparse por el precio que tuvieron que pagar, o desistir sin que se lograra algún progreso. Las Actas de Abolición de 1807 no fueron documentos perfectos ni en su intención ni en sus resultados. Pero, al reconocer un mal moral, fueron pasos gigantescos hacia una evolución en la conciencia humana moderna. También nos recuerda que ni la llamada “trata” ni la esclavitud lograron negarle por completo la herencia cultural a un pueblo que vino de una posición de poder y sabiduría. Los valores fundamentales de la comunidad africana —la espiritualidad y el respeto— han sobrevivido como cimiento en el que las naciones del Nuevo Mundo se construyeron y siguen construyéndose.

En las culturas africanas tradicionales, siempre se observa el ritmo repetido de los aniversarios con la reverencia e importancia que merece. Los aniversarios nos conectan con nuestro pasado y nuestro futuro, con nuestros ancestros y con las generaciones que están por nacer. El repetido alineamiento cósmico que acompaña a cada fecha del calendario nos vincula nuevamente con hechos específicos que ocurrieron antes, bajo los mismos signos. Esta ciencia tradicional nos convida a vivir y sentir lo que nuestros ancestros de hace 200 años vivieron y sintieron. Nos invita a mejor apreciar nuestro lugar hoy como resultado de sus luchas (hay ancestros africanos biológicos o culturales en toda la América). Nuestras respuestas y acciones abrirán los caminos para que las futuras generaciones aprecien también esta fecha. Aclaremos que la lucha continúa.

Puede que los británicos celebren con justo orgullo la honradez de la causa que fue adoptada por algunos de sus pasados héroes, como hacen películas como “Amazing Grace.” No obstante, los protagonistas en tales representaciones son todos hombres europeos. Los africanos quedan en el anonimato y la invisibilidad, como peones en los juegos parlamentarios y diplomáticos de los ingleses. No se les reconoce por la constante resistencia e indomabilidad de esos cautivos africanos en los buques esclavistas, quienes a través de sus acciones le declararon al mundo que lo que los victimizaba era una práctica realmente bárbara, no natural, perversa e inmoral, y no una exigida por Dios para “civilizar a los salvajes,” como solían decir muchos esclavistas. No en balde la “sorpresa” de la reina Isabel recientemente cuando en Westminster Abbey (en Londres) un señor africano interrumpió (con todo derecho) en un programa solemne y de auto alabanza relacionado al aniversario pidiendo audazmente que se dijera la verdad.

En casi todo Estados Unidos, por su parte, hay confusión y conflictos a causa del asunto. A la gente buena le cuesta aceptar el hecho que sus antecesores tuvieron parte en el racismo y la opresión y que aun disfruten del horrible beneficio de esos siglos de injusticia mucho más que un afroamericano promedio. Muchos inmigrantes a este país prefieren no pensar en si su valentía en venir a una tierra nueva en busca de una vida mejor realmente constituya una oportunidad impensada de disfrutar de las ganancias de tan maléfica historia. Estos son algunos de los eternos asuntos que debemos abordar los de nuestra generación.

Aun los descendientes de la propia África tendrán que estudiar bien nuestro entendimiento de la historia, si queremos evitar caer en las mismas trampas que victimizaron a nuestros ancestros hace años. Por eso revivimos el recordatorio de nuestros aniversarios, como el de Sharpeville (y la Masacre de Ponce, en Puerto Rico, en la misma fecha en 1937) y las lecciones que ofrecen, y el de este 200 aniversario de la abolición de la trata, que observaremos todo el año. El resultado de nuestro empeño por aplicar nuestra heredada sabiduría será para el gran beneficio de toda nuestra raza-la raza HUMANA.

Notas

1. Este fue un importante logro que provino de la misma organización que estableció la recordación anual del 21 de marzo de 1960, como Día Internacional por la Eliminación de la Discriminación Racial, fecha en que tuvo lugar la Masacre de Sharpeville en África del Sur, en la que fueron asesinadas 69 africanos que protestaban contra el apartheid y otros cientos fueron heridos.